

Sociedades en transformación/dialectos en flux: Dinamismo en *La Reina del Sur* de Arturo Pérez-Reverte

Thomas R. Franz / Emilia Alonso Marks / Esperanza Zamora-Lara*

La Reina del Sur (2002), última novela de Arturo Pérez-Reverte sitúa su historia en tres países y dos colonias hispanoparlantes. Aunque su protagonista, Teresa Mendoza, es mejicana del estado de Sinaloa, la novela también está poblada de españoles de diversa índole, de marroquíes, rusos, italianos, ingleses y un norteamericano, todos ellos hispanohablantes. Es muy natural que su autor, nuevo académico numerario de la Real Academia Española, intentara dar verosimilitud al habla diferente de todos estos personajes, sobre todo en vista del reconocimiento por parte de él mismo de que se había formado estéticamente con la lectura de las grandes novelas realistas (Linares 8). En su reciente discurso de ingreso en la Academia, titulado “El habla de un bravo en el siglo XVII”, rinde homenaje a su antecesor, Manuel Alvar, por su estudio sobre la “*globalización* de la filología española”, su dominio de la “filología española” y su utilización de América como “ventana” para ver el pleno funcionamiento de la lengua española (Pérez-Reverte, “El habla” 1). En efecto, Pérez-Reverte ha tenido mucho que decir del fenómeno del lenguaje al hablar de *La Reina del Sur*: Como gran parte de la inspiración para la obra procedía de narcocorridos mejicanos (“B.S.O.” 1), era lógico que sus citas y ecos reflejasen el español popular mejicano (“*La Reina*”, *Exodus* 1). Para captar el sentido del lenguaje de los narcotraficantes sinaloenses, había acudido a las cantinas donde éstos se reunían. Aunque el autor había pasado abundante tiempo como reportero en Méjico, al final determinó pasar su manuscrito por manos mejicanas para cerciorarse de la corrección de los muchos mejicanismos que había incluido (Salvador 1-2). A pesar de este intento, admite varios errores (Li-

* Ohio University / Ohio University / Universidad Veracruzana.

nares 12). Su intención original había sido, dice, “contar la historia de un personaje femenino, más bien inculto, mejicano, que viene a España y que en doce años se hace razonablemente culto...” (Linares 11). Prosigue Pérez-Reverte, hablando del estilo indirecto libre empleado con extrema frecuencia por su narrador en su intento de sugerir pero no delatar el habla de los personajes:

El narrador español, entonces pasa del español al mejicano, [sic] el juego lingüístico de usar el mejicano inculto e irlo convirtiendo en culto poco a poco hasta que pasa al español fue un trabajo muy duro que después el lector no debe notar. (Linares 12)

Nuestra meta va a ser rastrear la lenta modificación lingüística de Teresa Mendoza, personaje central de la obra. Pérez Reverte caracteriza el habla de la sinoalense al comienzo de la novela como el de una persona sin muchos estudios que acaba metida en el mundo de la droga de la mano de su compañero, el Güero Dávila. En el comentario que acabamos de leer (Linares 12), el autor distingue claramente entre el “español” de España y el “español” de Méjico. Además de este comentario existe otra sugerencia corolaria en estos y otros autocomentarios por parte de Pérez-Reverte, la de que el lenguaje personal de su narrador –periodista español a sueldo de un periódico mejicano del D.F. (Wood 88)– se haya dejado influir por el de su país de residencia:

“amigos mejicanos... me han dicho que [la narrativa ofrecida por el narrador-periodista] parece escrita por un mejicano o amigos españoles que me han dicho que parece escrita por un español

...” (Linares 12). Sugiere asimismo y muy a pesar suyo que esta combinación o superposición de dialectos puede venir motivada tanto por consideraciones comerciales (la editorial multinacional Alfaguara tiene sede en la Ciudad de Méjico igual que en Madrid) como por razones literarias, ya que “hacer que la novela funcione para un mexicano y un español ha sido un ejercicio muy interesante” (Mendoza 2). Admite que plantear el discurso de la novela de esta forma le ha abierto “un montón de puertas” y que ha “sido muy enriquecedor” (ídem).

Lo que no se ha discutido es si este complejo proceso lingüístico funciona de manera eficaz en la novela, cómo funciona y si produce no sólo verosimilitud sino también una visión muy esclarecedora de un mundo en rápida transformación en el cual la confluencia de dialectos puede servir de clave a una subyacente metamorfosis social. Explorar estos procesos y sus efectos literarios ha sido nuestro motivo al iniciar el presente estudio, pero al enumerar los procesos y distinguir entre sus múltiples efectos, ha sido posible también distinguir una ontología que sostiene la dimensión sociolingüística de la obra, y es aquélla el fenómeno que más nos interesa destacar.

La Reina del Sur utiliza un sinnúmero de mejicanismos (incluyo aquí varios americanismos ortográficos que se destacan en la escritura mejicana), también de vocablos y modismos que, en el sentido en que se emplean en la novela, parecen proceder exclusivamente del español de España. A veces aparecen directamente en el discurso

mimético de los personajes, otras veces inmersos en el discurso del narrador (estilo indirecto libre), discurso por medio del cual el lenguaje del narrador puede transformar el de su sujeto y a la vez ser transformado por el de éste. Algunos de los mejicanismos léxicos u ortográficos más frecuentes en la representación del habla de la protagonista Teresa Mendoza y otros mejicanos serían los siguientes:

- México (27, 58, 92, 115, 148, 219, 279, 315, 328, 395, 417, 423, 458, 468, 470, 478); Deefe (70).
- carro(s), trocas (54, 70, 382, 506, 512-3).
- ahorita (265, 320, 331, 355, 403, 433, 468).
- *Expresiones coloquiales*: quihubo, qué onda (36, 39, 89, 278, 307, 320, 356, 393, 425, 478-9, 500); chale (28, 60, 71, 116, 133, 190, 194, 223, 242, 245, 261, 290, 318, 348, 352, 357, 390, 402, 428, 441, 496, 505-6, 530); órale (116, 147, 192, 245, 248, 253, 262, 320, 331, 351, 357, 395, 415-6, 440, 457, 461, 477, 479, 512, 536, cap. 13 y passim); padrísimo(a) (bien/qué/muy padre) (34, 94, 180, 192, 202, 245, 247, 381, 407, 420, 458, 509 y passim); ni modo (24, 71, 136, 174, 190, 225, 281, 317, 368, 466, 478, 507, 517, 529-30); nomás (34, 37, 67, 70, 89, 168, 174, 219, 242, 251, 265, 351, 356, 387, 401, 416, 458, 461, 478, 507, 517, 526, 532, 534, y passim); hijole (34, 62, 89, 112, 179, 206, 222, 266, 312, 350, 370, 380, 385, 392, 400, 403, 419, 432, 457, 471, 493, 512, 538 y passim); carajo (qué/un al carajo) (94, 171, 196, 276, 499, 528); no mames (39, 110, 224, 245, 259, 276, 282, 290, 333, 375, 386, 404, 505, 530, 534); neta (356, 415).
- *Personas*: carnal(es), carnalita (12, 13, 39, 206, 219, 253, 262, 265, 282, 348-9, 470); güey, chavo(s), bato (25, 115, 243-4, 255, 282, 301, 411, 444, 496, 512, 537); chava(s), chavita, ruca, mamacita (36, 63, 65, 72, 79, 85, 88, 94, 146, 167, 207, 244, 317, 350, 409, 509); plebito(s), plebes, plebita (25, 60, 65, 66, 87, 387, 443); fresita(s) (64, 207, 251, 255, 277, 387); bocón (a, nes) (33, 49, 57, 224, 255, 279).
- *Intensificadores*: pinche(s) (12, 25, 26, 29, 34, 63, 66, 72, 114, 116, 126, 130, 157-8, 166-9, 174, 190, 192, 196, 223, 246, 276, 283, 290, 306, 317, 328, 333, 348, 356, 372, 380, 387, 392, 415-6, 428, 431-2, 441, 460-1, 470, 477, 480-1, 498, 507, 525, 529-30, 536, 538); requete- (prefijo), requetemal, requetelindo(a), requetegacho, requetegritones, requetesimple, requetelúcida, requetesuave, requeteclaro, requetepeligrosos, requetederecho, etc. (53, 57, 89, 114, 116, 135, 143, 158, 166, 207, 234, 251, 253, 282, 291, 292, 337, 350, 384, 386, 405, 500).
- *Verbos de uso común y coloquial*: platicar(me/le; plática) (85, 355, 468, 523); apendejarse (pendejo(s), pendeja, pendejadas) (53, 68, 116, 166, 169, 242, 248, 252, 260, 266, 276-7, 331, 374, 383, 482, 498); chambear (y derivados) (88, 218, 282, 348); chingar (y derivados) (12, 23, 37, 48, 50, 67, 110, 115, 116, 136, 173, 194, 206, 217-8, 234, 237, 243, 252-4, 259, 276, 278, 283, 341, 348, 351, 361, 371, 384, 397, 404, 411, 420, 432, 452, 466, 471, 479, 499, 519-20, 529, 535); jalar (jalas, jaladita) (380, 477); tomando (tomado/as) (91, 92, 219); fregar(se) (fregada(o), fregárselo) (25, 53, 168, 411, 423, 468, 518, 533, 536); valerle madres (32, 66, 69, 94, 130, 169, 406, 428, 431, 435, 512, 521); romper(les) la madre (142, 314 331, 347, 380, 383).

– *Establecimientos, alimentos y bebidas*: lonchería (24); taquería(s) (25, 28, 525); licuado de nopal (24); callo de hacha (58); ceviche de camarón (58); jaiba rellena (58, 415); chela(s) (111, 218, 244); tequila... (y sus marcas).

Ejemplos de voces u ortografía peninsulares empleadas directamente por el narrador y otros españoles serían las siguientes:

- mejicano(a, s) (15, 17, 45, 47, 51-2, 63, 81, 112, 146, 152, 162, 347-8, 367, 428, 431, 433, 455, 463).
- *Prendas de vestir y complementos*: gafas (17, 226); prismáticos (138); chándal (410, 437); pantalón tejano (436, 456).
- *Personas (sustantivos y adjetivos)*: chicas (78-80); guaperas (149); chaval (151); hortera (162); chungas (171); faraona maruja (218), vulgar maruja (476); sudacas (268, 270); yanquis (280); parejas de tricornos (321).
- *Establecimientos, alimentos y bebidas*: café cortado (151) zumo (233, 362, 367); chiringuito (233, 235, 241, 257); bocadillo(s) (164, 259); tortillitas de camarones (311, 313); Tío Pepe (311).
- *Expresiones variadas*: sin un duro (173); mosquearnos (177); comiéndote el tarro (201); montáoslo (207); a tocateja (270, 364).

Pero, como se ha dicho, a menudo el narrador español representa la expresión de otros personajes. En el caso de los españoles (principales entre ellos son el traficante de drogas, Santiago Fistera –“el gallego”– y la rea compañera de Teresa, la gaditana Patricia O’Farrell), la expresión del sujeto suele ser indistinguible de la del narrador. No obstante, algunas veces el carácter vulgar del personaje cuya voz se interpreta confiere un reconocimiento casi inmediato de su verdadera identidad que la distingue de la del pulcro narrador:

- porros (Pati O’Farrell: 200; cap. VII)
- el chichi (Pati O’Farrell: 201); el chocho (Pati: 218); chochito (Pati: 372)
- llueve de cojones (español no identificado: 81)
- joder (el contrabandista Eddie Álvarez: 131); pues que se joda (Pati O’Farrell: 374)
- gilipollas (Pati O’Farrell: 242)
- ¿De qué coño estás hablando? (Pati O’Farrell: 265)

Cuando el narrador español introduce en su propio discurso aproximaciones del habla mejicana, la distinción entre vocador y voceado suele quedar bien clara:

- fíjate nomás (Gato Fierros: 37; cap. I); pos fíjese nomás, pos ni modo (356-9)
- no te agüites (Epifanio Vargas: 58)
- bien chingones (Teresa Mendoza: 87)
- chichotas (Teresa: 112, 244, 283)
- lana, pinche lana (Teresa: 222-290. Pero cuando el narrador interviene usa “plata mejicana” [277])
- apendejada nomás de puro lista (Teresa: 242); tuvo que apendejarse la malinche (Teresa: 242)
- ponerse hasta la madre de pericazos (Teresa: 292)

A veces, sin embargo, el discurso se complica por filtrarse la voz representada en el discurso narratorial a través de la de otro hablante o pensante antes de recibir su forma final por medio de la pluma del narrador. En el capítulo III, por ejemplo, el narrador llama a Teresa “prietita” (89), empleando la expresión que usara el fallecido piloto y ex-amante de Teresa, el mejicano Güero Dávila. A veces habla el narrador a través de dos personajes distintos, como cuando, en el capítulo III, dice “me vine”, aproximando la voz de Teresa y la sigue con “¿Me vine es me corrí?”, una pregunta que le hace a Teresa un policía español identificable sólo por el apellido Souco con quien Teresa tiene relaciones para adelantar el trámite de sus papeles de inmigración. Cuando la reza Pati O’Farrell se contagia del habla de su compañera de celda Teresa Mendoza, el narrador empieza a usar “México” y “mexicana” aun cuando expresa los supuestos vocablos y pensamientos de la española. En el capítulo XII el narrador comunica sus recuerdos de lo que había dicho hace tiempo el español Cucho Malaspina. Sin usar comillas o guiones, emplea la voz “México” (362), que representa un filtrado mimetismo del habla de Malaspina al internalizar éste el lenguaje acentuado de Teresa, siguiéndola con su propio empleo de “un zumo de naranja” para recordar lo que el español bebía la última vez que le había visto. En el capítulo XVI, el narrador emplea la ortografía de España para sugerir cómo el norteamericano Guillermo “Willy” Rangel, de madre chicana y agente del DEA estadounidense, explica con orgullo a las autoridades españolas: “En realidad soy de origen mejicano” (455). En las páginas siguientes el narrador le representa como ente bidialectal que domina por igual el dialecto español americano y la variedad castellana del idioma.

Algunas veces el narrador español que trabaja en Méjico se revela completamente perdido entre dos culturas y dos o más dialectos del español *estándar*¹. Dice no sólo “conductor” (28), sino que también emplea “chofer” (70), voz más común en Méjico. Además usa “manejar” (32) y “conducir” (70). Utiliza las palabras “coche” (32, 57) y “coches” (44) al igual que “carro” (70) y “carros” (54). Habla de “latas” (46) y “botes” (69) de cerveza pero también emplea “chelas” (91, 111), vocablo más común en Méjico. Habla de “prismáticos” y de “binoculares” (138); de “gafas” y de “lentes”. En todas partes duda entre usar “aros” o “aretes”, aunque el vocablo más usado en España, “pendientes”, nunca lo utiliza. Algo similar ocurre con su uso de “tirar” y “jalar”, “cuadra” y “manzana”. Emplea tanto “licuado” (58) como “zumo” (233, 362, 367); “beber” y “tomar” (*passim*). Esta confusión necesariamente produce en el discurso del inteligentísimo narrador-reportero numerosos comentarios metalingüísticos. Dice que “aunque no tuviera estudios, el acento la hacía parecer educada [a Teresa]”,

1. En el área de fonética-fonología, por dialecto estándar se entiende la variedad de mayor prestigio, la más aceptada por la mayoría de los hablantes. En el contexto de España, el dialecto estándar es el castellano pero en el contexto hispanoamericano, la variedad estándar es la que se habla en la ciudad de México, por gozar ésta del mayor número de hablantes. A pesar de esta particularización del término estándar, debajo de todos los estándares y dialectos yace un complejo sistema compensatorio que garantiza la estabilidad de la comunicación (De Kock 3, Gómez Molina 13, DeMello 28-29).

y comenta que el “vocabulario abundante que tienen los hispanoamericanos, tan lleno de ustedes y de por favores, ...los hace parecer a todos académicos de la lengua” (84; cap. III). Parodia la ortografía mejicana, fenómeno por medio del cual atribuye su propio cinismo y crítica a las posibles (pero nunca confirmadas) burlas hechas por otros. Reproduce así los pensamientos satíricos de un español, él mismo, que recuerda las memorias de Teresa de cuando había visto un letrado en la consola del avión de su novio: “Dios vendiga mi camino y permita mi regreso” (60, 316). Atribuye preocupaciones lingüísticas a personajes de carácter popular como Teresa: “Todo bien gacho, que decimos en Sinaloa” (381). Casi idéntico es este discurso que el narrador confecciona para la sinaloense, aunque suene muy a lo que se encuentra en un diccionario de argot: “– No me tranquiliza que te vengas – que te corras, decís aquí – cuando te beso” (222) o “– Así que no me chinguen – ahora sí miraba al gallego a los ojos –. O como dicen ustedes en España, hagan el favor de no tocarme los cojones” (384). También este otro comentario: “Como decían en Sinaloa, puercos, pero no trompudos” (420).

El narrador no es el único personaje que evidencia un discurso metalingüístico. A veces lo demuestra también el periodista gaditano, Óscar Lobato, pero sólo cuando el narrador habla por él: El “puntito de clase [de Teresa] afloraba quizás hablando, porque lo hacía suave, con su acento tan cariñoso y educado. Con esos hermosos arcaísmos que utilizan los mejicanos” (163). Vuelve a aparecer una nueva mención sobre el acento de Teresa en el capítulo VII, donde María Tejada equipara “el acento mejicano” con la corrección y la mansedumbre (214). De mano de la propia Teresa encontramos también dos comentarios metalingüísticos. Uno sobre el español del narco ruso Oleg Yasikov. Teresa observa que “hablaba bien español” y que su “acento era muy suave y en nada se parecía al de los rusos malvados, terroristas y traficantes que salían en las películas farfullando *yo matiar enemigo amiericano*” (273). En el otro, sobre el español del agente norteamericano de la DEA, Willy Rangel, Teresa nota que el español de Rangel “era perfecto, con vocabulario norteño” (455).

Esta reflexividad y preocupación por las muchas maneras en que las cosas se dicen en *La Reina del Sur*—esta dialogía de la expresividad— no se limita al idioma español. La novela, como ya se ha dicho, está poblada de mejicanos, españoles, marroquíes, rusos, gibraltareños, ingleses, colombianos, canadienses, franceses e italianos. Además de palabras procedentes de varios dialectos del español, la novela está salpicada de palabras del inglés (voces empleadas en el discurso popular de España y, sobre todo, en el discurso popular de Méjico) y, en menor número, de vocablos del léxico gallego, del italiano, el francés, el ruso y el árabe.

Cuando Pati O’Farrell inspira a Teresa a que empiece a devorar libros, la narrativa comienza no sólo a discutirlos sino a basarse en ellos. La obra de más influencia paradigmática es sin duda *El conde de Monte-Cristo* de Alejandro Dumás padre, pero hay otros libros, películas o autores discutidos o aludidos: el *Quijote*, Manuel Rivas, *Casablanca*, *El maestro y Margarita*, *Pedro Páramo*, *Cien años de soledad*, *Crimen y castigo*, *El rojo y el negro*, *Los Buddenbrook*, Agatha Christie, Conan Doyle, Dante y Homero. En

suma, material suministrado a la narrativa por España, Estados Unidos, Rusia, Méjico, Colombia, Francia, Inglaterra, Italia y Grecia, una lista que en gran parte paralela la nacionalidad de los hablantes que pueblan la novela. Del mundo de Rivas procede el misterioso “gallego” Fisterra; del mundo cervantino, el “putibar” y los “puticlubs” (235); de *Casablanca*, el ambiente norteafricano; de *Maestro y Margarita*, la traición a la protagonista que se subraya en su novelita intercalada de Poncio Pilato; de *Pedro Páramo*, la circularidad; de *Cien años*, el concepto de saga interminable; de Homero, la protagonista expósita; de *Crimen y castigo*, la engañosa ilusión de intocabilidad; de *Buddebrook*, la maquinaria que garantiza la supervivencia de la familia (aquí la de las mafias); de *El rojo y el negro* y de *El conde de Monte-Cristo*, el caos de las escenas de aventuras; de Dante, el sentido poético de la justicia lograda; de Conan Dole y Agatha Christie, el modelo para el implacable detective (el narrador)². Nada de esto debería sorprender en vista del libre reconocimiento, por parte del nuevo académico, de que ha utilizado la literatura mundial como “corsario ante un rico botín que saquee sin escrúpulos” (Pérez-Reverte, “El habla” 2).

La movilidad de individuos y grupos en el mundo moderno es una de sus características más destacadas. Uno de los resultados de esta movilidad es que el individuo se pone en contacto con un código lingüístico y una cultura diferentes de los suyos. La yuxtaposición de distintas culturas, lenguas o dialectos inevitablemente produce ligeros cambios culturales y lingüísticos tanto en el visitante a largo plazo como en el inmigrante o como en su anfitrión. El impacto es particularmente notable cuando la yuxtaposición se efectúa en la electricidad social del ambiente urbano, como ocurre en el caso específico de *La Reina del Sur*.

En la esfera del lenguaje, el fomento social del ambiente urbano produce dialectos que son al parecer menos conservadores y particularmente flexibles. Importantes estudios dialectales sugieren que aún en el ambiente rural no existen dialectos “puros”, ya que toda variedad lingüística demuestra la influencia de otras lenguas (Chambers 56). Cuando la ciencia lingüística se decide a examinar el dialecto o dialectos usados por una comunidad, primero se produce una muestra aleatoria del grupo cuyo lenguaje se va a estudiar. Se puede conjeturar que los grupos de hablantes que Pérez-Reverte creativamente ubica —a base de la observación, como él lo explica— en Sinaloa, en Melilla, en Marruecos y en las costas del Sol y de la Luz, representarán muestras cuasi-aleatorias. El problema inevitable (problema para la lingüística y también para la

2. Se ha notado un sinnúmero de semejanzas ente *La Reina* y la novela de Dumas padre: el motivo de la venganza, la amiga prisionera, la transformación del protagonista, el descubrimiento de un tesoro y un nuevo renombre para el héroe (“*La Reina*”, *Fiches* 2). Quedan otras: su hueste de contrabandistas, la presencia de una caverna subterránea, un protagonista que toma el nombre de su tierra adoptiva (Conde de Monte Cristo, Reina del Sur), la desaparición final del protagonista y el hecho de que el argumento de ambas narrativas se base en el de una destacada obra anterior: *Mémoires tirés des archives de la Police de Paris* de Jacques Peuchet, para Dumas, y *El conde de Monte Cristo*, para Pérez-Reverte. Sobra decir que los motivos de la última novela de éste aluden también a los de su novela anterior, *El Club Dumas*.

literatura) de esta muestra es que se ha obtenido delante del narrador-periodista cuya clara presencia tendrá el efecto de inhibir el habla informal de los sujetos y de producir en su lugar un lenguaje más formal (58). Es el fenómeno de la “paradoja del observador”. Este fenómeno puede explicar por qué los testigos del habla de Teresa Mendoza detectan cierto mejoramiento de su discurso que el lector tal vez no perciba: al darse cuenta de su progresiva celebridad como “Reina” del comercio de la droga en el sur de España, Teresa intenta alzarse al nivel de las supuestas expectativas de sus nuevos admiradores procedentes tanto de la población general como del reino de la política. Es digno de notar que, en una de las entrevistas con el autor arriba citadas, el mismo Pérez-Reverte se deja convencer por las evaluaciones ofrecidas por su narrador y otros personajes. Otro inevitable resultado de la omnipresencia del narrador es que los narcotraficantes, guardaespaldas, oficiales “comprados” y políticos “vendidos” van a exagerar su argot o eufemismos para proyectar la “persona” de su papel de criminal profesional. (Nombres, apellidos y motes como Potempkin, Lobato, Malaspina, Rangel y Batman sólo subrayan lo estereotípico de todo lo que les caracteriza.)

La distinta clase social y el nivel cultural de los individuos que integran las varias muestras lingüísticas de la novela inevitablemente produce datos muy variados. Por ejemplo, una mujer como Teresa, arribista y muy insegura, sobre todo al comienzo de la novela, según la caracteriza Pérez-Reverte (Salvador 3; Linares 3-4, Aranda 1-2), huérfana y proscrita, va a hablar de una manera claramente autodefinidora. Periodistas veteranos como el narrador y Óscar Lobato van a emplear otra manera muy distinta. Los policías asalariados de la mafia van a proyectar una corrección exagerada. Pati O’Farrell, la reá homosexual, ex-niña bien jerezana, devoradora de libros, exhibirá un léxico directo y en ocasiones exageradamente letrado (pero no exactamente correcto). El servicial y leal guardaespaldas Pote Gálvez hablará como le corresponde a su posición socio-cultural, con rasgos propios del mundo del hampa y prácticamente analfabeto. Los contrastes ensamblados en las principales localizaciones de la novela son más léxicos que sintácticos y éstos a su vez se correlacionan con variables como la formalidad de la situación (¿Están presentes el narrador, otro periodista o un político importante?) y el sexo o estatus social del hablante (Teresa habla mejor con su amante “el gallego”, con Pati y con el gentil –y básicamente decente– mafioso Yasikov) que con los emisarios de gánsteres y políticos mejicanos, a quienes desprecia. Sin embargo, a pesar de sus intentos de avanzar social y lingüísticamente por medio de la imitación de libros clásicos y el habla de personas que respeta, Teresa en ciertos momentos con los amigos no deja de ser la ex-amante semi-analfabeta del violento piloto mejicano, Güero Dávila. En estos momentos su habla refleja más que nada la del grupo marginado al cual pertenecía en su tierra. Teresa eventualmente llega a dominar el castellano, es capaz de desenvolverse entre altos dignatarios de la sociedad, asiste a fiestas, se refina y lee cada vez más. Es una tesis lingüística que corre a la par con su ascendente estatus de heroína en los mundos del narcotráfico en los que vive y del folklore del corrido-enprosa en que la mete el narrador, quien voca por las simpatías psicológicas –y lingüís-

ticas— del autor. Hemos notado que tanto el narrador como Teresa vacilan entre parejas de lexemas como “venirse”/“correrse”, “carros”/“coches”, “lentes”/“gafas”, “binoculares”/“prismáticos” y que parecen conscientes de esta duda a nivel metalingüístico. Es un fenómeno sociolingüístico que concuerda bien con el descubrimiento de que el hablante típico esté más consciente de su lenguaje cuando sospecha que éste ha entrado en un área de transformación social (Chambers 85).

Imaginemos por un momento que España y Méjico fueran países contiguos. (De hecho, la divergencia de dialectos es mucho más fuerte cuando sus hablantes están geográficamente separados [Crystal 335]). Speitel ha notado (Chambers 116-19) que la separación más absoluta entre vocabularios ocurre cuando los datos léxicos procedentes de un lado de una frontera isoglósica son en gran parte distintos de los del otro lado. Hay muy pocos ejemplos de esto en *La Reina del Sur*. Speitel bautiza este fenómeno distributivo “Tipo I”. El “Tipo II” está caracterizado por elementos léxicos que ocurren a ambos lados de la frontera, por ejemplo, en la frontera entre el andaluz (más de la mitad de *La Reina* acontece en Andalucía) o el murciano (Pérez-Reverte es de Murcia) y el español de Méjico y también otros elementos que no ocurren en ninguno de los lados de la frontera imaginada. El “Tipo III” se caracteriza tanto por elementos léxicos comunes como por elementos disimilares que ocurren a los dos lados de la frontera. Éste es el elemento más frecuente en *La Reina del Sur* porque gran parte de los lexemas encontrados en la obra sería admitida tanto en Méjico como en España. Es decir, Pérez Reverte hace uso de un léxico híbrido que recoge o capta elementos de ambos dialectos. Sin embargo, existen a la vez muchas formas que serían rechazadas o por los hablantes de Méjico o por los de España. Es interesante que el autor nunca permita que el chicano “Willy” Rangel exhiba el habla chicana o que el ruso Yasikov dé muestras de su español imperfecto, fenómenos que, de aparecer, colocarían la distribución léxica de la novela dentro de la clasificación del “Tipo II”. El “Tipo IV”, en que ningún lado de la frontera exhibe formas paralelas con el otro, no aparece, porque en este caso se trataría de dos lenguas distintas. En vista de la ausencia del “Tipo IV”, es curioso que Pérez-Reverte haya hablado fuera de la novela de dos lenguas, el “español” y el “mejicano”, pues, como se ha comprobado científicamente, dichas etiquetas sólo pueden referirse a dialectos del mismo idioma (Crystal 287).

La aplicación principal de la dialectología de hoy es la comprobación e ilustración de la heterogeneidad de la sociedad actual (Crystal 26). Sería poco sorprendente que la dimensión lingüística de una novela como *La Reina del Sur*—con sus múltiples ubicaciones, lenguas, dialectos y contextos sociales— no fuera calculada para presentar la misma lección. El español empleado en España no es y no ha sido nunca “puro”, concepto en que han insistido los mejores historiadores de la lengua desde los tiempos de Unamuno y Menéndez Pidal. Una reciente publicación sobre el español de Andalucía habla de las “consecuencias lingüísticas” de los “importantísimos movimientos migratorios” (Narbona 182) que afectan la zona, situación claramente visible en *La Reina del Sur*. Lo mismo puede decirse del de Méjico, como revela una inmensa bibliografía reciente sobre el fenómeno, parte de la cual discute el impacto del cas-

tellano sobre el español usado en este país³. La dialectología tradicional había estudiado el fenómeno de que distintas poblaciones hablaran de distinta manera. La dialectología de hoy agrega a esto la idea de que ni el mismo individuo habla o escribe de la misma forma en cada situación. Entre otras cosas, el contexto social –que está siempre en evolución, hoy más que nunca– sistemáticamente controla el léxico de los hablantes y escribientes (32), fenómeno harto visible en *La Reina del Sur*.

Se sabe que las facetas del lenguaje que cambian más rápidamente son la pronunciación y el léxico (330). En vista de la negación por parte de Pérez-Reverte de exagerar y parodiar (aunque no necesariamente de manera cómica) la pronunciación de los personajes de su novela por medio del dialecto visual, recurso tantas veces comentado en estudios sobre autores norteamericanos como Mark Twain, Sidney Lanier y Alex Haley o cubanos como Guillermo Cabrera Infante y Severo Sarduy, nos quedamos con el léxico estereotipado pero visiblemente cambiante como único indicador de la evolución dinámica que experimentan las lenguas y dialectos de sus usuarios novelescos. El dialecto literario puede ser una fuente de información poderosa en cuanto a la variación y el cambio lingüísticos, a pesar de sus limitaciones.

Como se acaba de apuntar, una de estas limitaciones estriba en que las fuentes literarias recurren con excesiva frecuencia a marcadores discursivos (sean fonéticos, sintácticos o léxicos) estereotipados, lo cual reduce la presencia de variación. El abuso de estos marcadores en el discurso cuestiona seriamente la autenticidad del habla que se pretende caracterizar (Maynor 110-11). En su obra de 1982, Robin Lakoff, explica algunas de las dificultades que entraña la representación del dialecto literario. La transferencia del discurso oral al discurso literario escrito es problemática principalmente por los requerimientos discursivos de estas dos modalidades, la oral y la escrita (Lakoff 244-45). Es decir, los recursos del habla espontánea funcionan de forma diferente en los textos escritos y viceversa, de tal manera que la caracterización de uno y otro no parece verídica y no convence al lector (245). No obstante, a pesar de estas reservas, el dialecto literario se puede usar y, de hecho, se ha usado con propósitos lingüísticos. Trudgill (passim) usa el dialecto literario para identificar los diferen-

3. He aquí algunos estudios académicos que se centran en fenómenos de transformación léxica que se destacan en *La Reina del Sur*: Klaus Zimmerman y Ute Müller-Schomka (2000): “Die spanische und mexikanische Jugendsprache: Ein Vergleich der Lexik und der Verfahren der Varietatenkonstitution”, *Iberoamericana: Lateinamerika, Spanien, Portugal*, 24.1, 39-71; Juan M. Lope Blanch (1999): “Español de México frente a español de España”, *Actual: Revista de español vivo*, 71, 7-11; José G. Moreno de Alba (1992): “Léxico andaluz en el español mexicano”, *Scripta Philologica in Honorem Juan M. Lope Blanch a los 40 años de docencia en la UNAM y a los 65 años de vida. II: Lingüística española e iberoamericana; III: Lingüística indoamericana y estudios literarios* (México: Instituto de Investigaciones Filológicas, Universidad Nacional Autónoma de México): 641-59; Antonio Alatorre (1995): “La identidad del castellano en México”, *Inti: Revista de literatura hispánica*, 42, 133-37; María F. Sánchez (1992): “Classification and Analysis of Loanwords from English in the Press of Spain and Mexico”, tesis, U. de Massachusetts, *DAI* (1992) 53: 1894A-95A.; Luis Fernando Lara (1996): “El *Diccionario del español de México* como vocabulario dialectal”, *Lecciones del II Seminario de Lexicografía Hispánica: Facultad de Humanidades de la Educación, 1995* (Jaén, U. de Jaén), 15-29.

tes grados de relevancia de ciertos rasgos del dialecto de Norfolk para los escritores que tienen este dialecto. Trudgill presta atención a las variantes ortográficas del dialecto no-estándar y su interpretación fonética. Según este fonetista, los hablantes nativos de un dialecto determinado representan sistemáticamente mediante la ortografía dialectal no estándar sólo los rasgos fonéticos que están desapareciendo o a punto de desaparecer de su dialecto (326).

El cambio lingüístico que aparece en *La Reina del Sur* es, a su vez, sintomático de una variación social que es aparentemente caótica pero en realidad altamente sistemática, aunque no por esto menos complicada. Los fenómenos sociales ficcionalizados en la novela son el mundo internacional del narcotráfico y la manera en que la mujer de humildes raíces y gran coraje llega a dominarlo sin perder los valores de la compasión y justicia que sustentan la cultura –si no la política– en que nació. Los personajes que integran este mundo del narcotráfico son exageradamente intuitivos pero sometidos a rituales de su gremio. Su lenguaje exhibe desde luego las mismas cualidades autogenerativas y formulaicas que su entorno social. En realidad, es más formulaico que generativo, y por esto se presentan en él tantos lexemas iterativos. Pero la atmósfera de aventuras y el influjo de muchas voces procedentes del ambiente internacional producen una ilusión de más dinamismo del que hay. La protagonista es usuaria de este lenguaje dialógico –siempre más cambiante pero sustancialmente igual– y lo repetitivo de su argot y colección de mejicanismos sólo sirve para subrayar, por un lado, las normas inalterables del mafioso y, por otro, las constantes de la legítima cultura mejicana. Pero de manera análoga hay en la novela un flux sociolingüístico bidireccional en el individuo español y, por implicación, en todos los numerosos seres humanos de distinta índole presentes en la obra. La difusión lingüística –sea ésta, figuradamente hablando, ola o resaca– se lleva a cabo en una infinitud de direcciones, todas ellas potencialmente sistematizables, fenómeno que el narrador y otros sugieren en sus a veces inverosímiles comentarios metalingüísticos.

Si el lenguaje y la sociedad de los individuos y grupos que pueblan la novela están sujetos a una mutua transformación, la histórica dialogía de nuevos y viejos usos lingüísticos más la dislocación social que aquéllos ejemplifican están destinados a producir semejantes efectos contradictorios en el lenguaje y ámbitos sociales del lector. Lo ejemplificado en sitios lejanos como (para el mejicano u otro americano) la Costa del Sol, Marruecos y Gibraltar o (para el español u otro ciudadano de la Comunidad Europea) en lugares exóticos como Sinaloa, California y Rusia es espejo de lo que ya ocurre o va a ocurrir en casa. Se comercia con drogas en todas partes. Las intrigas políticas, los homicidios y sobornos asociados con ellas son prácticas eminentemente exportables. Los narcotraficantes que van de la pobreza a la fortuna son legión. La tendencia popular de glorificar el aventurismo criminal no se limita ni al corrido mejicano ni a la prensa popular española. Todo lo exportamos e importamos. Lo que España ha exportado a Méjico (el vocablo *tortilla*, las prácticas monopolísticas de Telefónica) vuelve metamorfoseado (es ahora parte del menú obligatorio en la proliferación de restaurantes mejicanos, o es un vehículo de informática con el cual

las mafias americanas extienden su negocio) en un intento de retransformar España. Igual que los dialectos, los individuos y sociedades no son inmunes a la complicación y difusión de su identidad. Pero tampoco son inmunes a que el conservadurismo innato de la sociedad y el lenguaje dificulten su transformación. Los narcotraficantes se hacen ricos, pero –como en muchos ejemplos dentro de la novela– son asesinados o terminan sus años en la penitenciaría. Teresa Mendoza se regocija en su negocio multinacional y nuevo lenguaje sin fronteras, pero termina la parte textual de la novela en Méjico esperando la llegada de un bebé y arriesgando la vida en un intento de restaurar su conciencia, de vengar la muerte de su hombre, de saldar las cuentas pendientes, de enterrar a “Teresita” Mendoza que “murió hace 12 años” (522). Después de doce años ya no es precisamente la misma patria que dejó, pero tampoco es idéntico al de antaño el país adoptivo que ahora abandona. La ruta seguida por Teresa delata cierta circularidad, pero sale de ella dispuesta a comenzar una nueva vida con una nueva identidad. Hace “borrón y cuenta nueva” y se marcha dispuesta a parir a su hijo/a y a darle la vida que ella no tuvo. Y lo hace como madre soltera, adoptando, por tanto, un patrón de vida nada convencional.

En un mundo de cambios, influencias mutuas y movimientos circulares como el que se novela lingüísticamente en *La Reina del Sur* cualquier cosa eventualmente se puede transformar en cualquier otra. “La Mexicana” se convierte en “La Reina del Sur” y ésta en ciudadana modelo (aunque con clara memoria de la que había sido). El honrado político se transforma en criminal (aunque sigue siendo político). El reportero español llega a ser empleado temporal de un diario mejicano. Los hablantes de un dialecto internalizan cierta semántica y lexemas de otros, pero sin abrumarse por sus voces adoptadas. Varios mejicanos y norteamericanos hispanoparlantes se transforman en chicanos y después cierto número intenta re-integrarse en su identidad anterior. Ya que esta dialéctica de transformaciones no evidencia la creación de realidades enteramente nuevas ni duraderas sino de estructuras caracterizadas por su vacilación e hibridismo, el sistema se revela fundamentalmente duplicativo. Sin embargo, Teresa al final sí manifiesta una transformación verídica. Cambia, se supera, se cultiva, se acultura como puede a la realidad española, se hace fuerte, se enmienda y renace a una nueva identidad de mejicana moderna y ciudadana de mundo, desafiando a la vez los roles tradicionales de amante y esposa y los más modernos de colaboradora o empresaria. Las normas fundamentales, las estructuras profundas del lenguaje, de la psicología humana y de la cultura cambian muy lentamente, y a la mujer excepcional –es decir, según la perspectiva de Pérez-Reverte– a toda mujer no le queda más remedio que luchar contra ellas para realizar el potencial social y expresivo que yace dentro de ella.

Obras consultadas

Aranda Luna, Javier. “*La reina del sur*” [sic]. *La Jornada* (2002): 3 pp. 18 septiembre, 2002; 18 febrero, 2003.

- <<http://www.jornada.unam.mx/2002/sep02/020918/07aa1cul.php?prigen=opinion.html>>.
- “B.S.O. de *La Reina del Sur*”. *Icorso* 2 pp. <<http://www.icorso.com/reinasur15.html>>.
- “Carátula: *La Reina del sur*”. *Terra* (2002): 1 p. 18 febrero 2003. <<http://www.terra.com.ve/canales.literatura/resena/14-08-2002/nota65412.shtml>>.
- Chambers, J.K. y Peter Trudgill (1980): *Dialectology*, Cambridge, Inglaterra, Cambridge UP.
- Chambers, J.K., Peter Trudgill y Natalie Schilling-Estes (2004): *The Handbook of Language Variation and Change*, Malden, MA, Blackwell.
- Crystal, David (1997): *The Cambridge Encyclopedia of Language*, 2ª ed., Cambridge, Inglaterra, Cambridge UP.
- De Kock, Josse (1997): “Introducción”, en De Kock (comp.): *Gramática española: enseñanza e investigación. Apuntes metodológicos. Parte V: Lengua escrita y habla culta en América y España*, Salamanca, U. de Salamanca, pp. 3-8.
- De Mello, George: “Gramática y áreas geográficas”, en De Kock, *Parte V*, pp. 27-31.
- Gómez Molina, Carmen (1995): “La relatividad en un corpus homogéneo”, en De Kock, *Gramática española: enseñanza e investigación. Apuntes Metodológicos. Parte III. De la Relatividad lingüística*, pp. 13-57.
- “*La Reina de Sur*: Arturo Pérez-Reverte”. *Fiches MC* (18 febrero 2003): 5 pp. <<http://mapage.noos.fr/pastichesdumas/pages/FichesMC/ReinaSur.html>>.
- “*La Reina del Sur*”. *Exodusltd.com*. (23 enero, 18 febrero, 2003): 5 pp. <http://www.exodusltd.com/es-tantes/comentarios/reina_sur/reina_sur.html>.
- Lakoff, Robin Tollmach: (1982): “Some of My Favorite Writers Are Literate: The Minglings of Oral and Literate Strategies in Written Communication”, *Spoken and Written Language: Exploring Orality and Literacy*, Ed. D. Tannen, Norwood, NJ, Ablex, 239-60.
- Linares, Félix (13 junio 2002): “Arturo Pérez Reverte conversa con el periodista Félix Linares”. *El Correo*, 27 pp. <<http://www.elcorreodigital.com/auladecultura/reverte1.html>>.
- Maynor, Natalie (1988): “Written Records of Spoken Language: How Reliable Are They?”, *Methods in Dialectology*, Ed. A.R. Thomas. Clevedon, PA, Multilingual Matters, 109-20.
- Mendoza, Ana (2 febrero, 2003): “Pérez-Reverte impregna de ritmo musical mexicano su nueva novela”, *Alfaguara Argentina*, 2 pp. <<http://www.alfaguara.com.ar/preverte/reina/entre.htm>>.
- Narbona, Antonio, Rafael Cano y Ramón Murillo: (1998): *El español hablado en Andalucía*, Barcelona, Ariel.
- Pérez-Reverte, Arturo: (13 julio 2003): “El habla de un bravo del siglo XVII”, *Real Academia Española*. Discursos de Ingreso. 21 pp. <[http://www.rae.es/rae/gestores/gespub000001.nsf/\(vo-Anexos\)arch9DE58D8ECEAA9F35C1256DS570023BEF/\\$FILE/Reverte.htm](http://www.rae.es/rae/gestores/gespub000001.nsf/(vo-Anexos)arch9DE58D8ECEAA9F35C1256DS570023BEF/$FILE/Reverte.htm)>
- (2002): *La Reina del Sur*, Madrid, Afaguara.
- Salvador, Marta (18 febrero 2003): “Entrevista con Arturo Pérez Reverte [sic]”, *Ya-Com.Mujeractual*, 4 pp. <<http://www.mujeractual.com/entrevistas/perezreverte/>>.
- Taavatsainen, Irma, Gunnel Melchers and Päivi Pahta (eds.) (1999): *Writing in Nonstandard English*, Amsterdam, Benjamins.
- Trudgill, Peter: “Dialectalisation and Norfolk Dialect Orthography”. Taavatsainen, *Writing in Nonstandard English*, 323-29.